

**“LA COMUNICACIÓN DE LA SANTIDAD DE DIOS”****VISTA EN LA REDENCIÓN DEL HOMBRE.**

Debido a la creación del hombre a la imagen y semejanza de Dios, no hubo presencia de pecado en la raíz de su naturaleza cuando fue creado. Adán fue creado sin pecado, pero en el huerto del deleite (Edén), a través de su escogimiento o voluntad, el pecado entró en la humanidad.

Dios le había mandado a Adán lo siguiente: “De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:16, 17). El pecado es la transgresión de la ley de Dios, y vino como un acto llevado a cabo por Adán cuando escogió hacer su voluntad rechazando la ley de Dios, el mandamiento de Dios, y como consecuencia, la voluntad de Dios. Esta decisión afectó su naturaleza (Gn. 5:1-2), y todo aquello que haya afectado su naturaleza afectaría ahora a su descendencia. La naturaleza pecaminosa es heredada de Adán siendo pasada a toda la humanidad (Ro. 5:12).

Dios hizo al hombre a Su imagen y semejanza, pero el hombre cayó en pecado. El hombre está ahora en un estado de depravación. Esta es la maldad moral y la corrupción de la naturaleza del hombre; es el apartarse de lo que Dios demanda del hombre. Adán se apartó del mandamiento que Dios le dijo que guardara. Esto trajo la corrupción de todo hombre que procede de la línea de Adán. El hombre está corrompido debido al pecado y va de picada en su condición moral.

¿Será posible que el hombre llegue tan lejos en su depravación hasta el punto de no poder recuperarse? En Romanos 1:28 vemos que aquellos hombres que “no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen.” Sí, el hombre va profundizando en su depravación y ha despreciado la santidad de Dios, pero gracias a Dios no está lejos de ser alcanzado por el poder de Dios en la redención de Jesucristo. Pero un hombre puede llegar a un punto, como estos hombres en Romanos 1, de no retorno, de apostasía; a un punto cuando Dios se detiene de contender con él y le sella en apostasía. Pero Dios en Su misericordia, aun que el hombre está corrompido, ha provisto Su gracia para que el hombre sea capaz de creer en Cristo. Dios ha provisto gracia que mantiene con vida al hombre, dándole así la oportunidad de venir al conocimiento salvador de Jesucristo. Pero también le da gracia en el sentido que la gracia de Dios atrae al hombre a Cristo, capacitándole para creer, si el hombre se rinde a las obras de la gracia de Dios en su vida. El hombre puede rechazar esta gracia de Dios y es incapaz de decidir creer sin la gracia anticipada de Dios. El hombre debe decidir rendirse a la capacitadora gracia de Dios y venir a Cristo. La realidad de esto es que es todo de gracia. Es la gracia de Dios la que pone al hombre en una posición en la que si él quiere del Señor, puede tenerle.

Podemos ver esto en lo que Pablo dijo a los atenienses; que Dios no necesita nada de los hombres, sino que Él “da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (Hechos 17:25-27). Hay algo que Dios ha puesto en el hombre de tal forma que él puede sentir su necesidad de Dios y encontrarle. Es la gracia de Dios que anticipadamente capacita al hombre, que se rinde a dicha gracia, para querer ser salvo.

Dios desea restaurar santidad en el hombre, pero esto sólo puede ser hecho a través de la redención en nuestro Señor Jesucristo. La santidad de Adán fue inocencia, pero ahora podemos tener la santidad de Dios en Jesucristo. Hay esperanza para el hombre. Puede ser salvo a través de Cristo. Tiene la posibilidad de pureza y limpieza del pecado, y entonces, ser hecho partícipe de la santidad de Cristo.

En todo esto vemos el deseo de Dios de restaurar al hombre a santidad y aun el llevarlo a una santidad más profunda “en” Cristo. Dios quiere restaurar al hombre a Su imagen a través de la vida del Señor Jesucristo quien es la imagen de Dios (2 Co. 4:4). La depravación del hombre es la condición del hombre que cayó de la imagen de Dios. La imagen y semejanza desde un principio tenía que ver con la imagen del Hijo

de Dios. El Hijo es Aquel que ha revelado, declarado, develado y dado a conocer al Padre (Jn. 1:18). El Hijo es la expresión del Padre (Jn. 14:9). Cristo es ejemplo del cristiano. Dios ha predestinado al cristiano para ser conformado a la imagen de Su Hijo (Rom. 8:29). La palabra “conformado” es el adjetivo griego *summorfous* que significa “hacer de la misma forma que otra persona o cosa, hacer igual” (*sun*, “con,” *morfe*, “una forma”); de forma o naturaleza similar. Dios quiere formarnos a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el patrón por el cual nos juzgamos a nosotros mismos.

La santidad de Dios puede ser restaurada en el hombre únicamente a través del Señor Jesucristo, y el hombre puede crecer en la santidad de Dios mientras permite que Dios le conforme más y más a la imagen de Cristo.

Juan 3:16 dice, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” El verbo griego *agapao* es el que se usa aquí en referencia al amor de Dios por el mundo. Esta palabra describe al amor que se tiene por alguien o algo por lo que ese alguien o algo son en sí mismo. La palabra para mundo (*kosmos*) es usada en referencia a la caída y totalmente depravada raza humana. ¿Qué es entonces lo que Dios amó del mundo?

Kennet Wuest da el siguiente comentario en relación al amor de Dios por el mundo.

El amor de Dios por una raza pecadora y perdida nace de Su corazón en respuesta al gran valor que cada alma humana tiene para Él. Cada alma humana es excesivamente preciosa a Sus ojos. “*Fileo*,” que es otra palabra para amor, un amor que es la respuesta del espíritu humano a lo que le incita, tal como el placer, no queda aquí, porque no hay nada en un pecador perdido en que el corazón de Dios pueda hallar placer, sino lo contrario, todo aquello a lo que Su santidad se opone. Pero cada alma humana es muy preciosa a Dios, primero, porque lleva la imagen de Su creador aun que esa imagen ha sido afectada por el pecado, y segundo, porque a través de la redención, ese pecador puede ser conformado a la misma imagen de Su querido Hijo. Esta preciosura de cada miembro de la raza humana para el corazón de Dios es el elemento constituyente del amor que dio Su Hijo a morir en la cruz. El grado de preciosidad es medido por el sacrificio infinito que Dios hizo. El amor en Juan 3:16 es entonces un amor cuya esencia es de sacrificio propio para el beneficio de aquel que se ama, este amor basado sobre una evaluación de la preciosidad del ser amado.<sup>1</sup>

El pecador que se ha rebelado contra la santidad de Dios puede ahora, a través de la redención de Cristo basada en el amor y la gracia de Dios, ser posicionalmente santificado en Cristo y potencialmente santificado en el sentido que la obra de la santificación puede ser una realidad en su vida, si se rinde a las obras de gracia de Dios.

Dios nos salvó, amén por ello, pero Él también nos ha llamado con un llamamiento santo, “no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Tim. 1:9). Este llamamiento santo es santificación, la santidad de Dios en nosotros. Podemos decir que el propósito inicial y final de la redención es la santidad de Dios.

Dios nos ha escogido desde “antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él” (Ef. 1:4), y nos ha dado un llamamiento santo para ir a perfección hasta que seamos conformados plenamente a la imagen de Cristo.

La santificación, cuya meta es la santidad de Dios en la vida del redimido, es la voluntad de Dios (1 Tes. 4:3). Dios desea comunicar Su santidad. Su esencia es santidad y Su plan de redención es motivado, realizado y terminado con la santidad como su propósito inicial y final.

### **Tarea: Memorizar Romanos 8:28 y 29.**

---

<sup>1</sup> Kenneth Wuest, *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament*, Volume III. Golden Nuggets. (Grand Rapids, Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1973), 61.